UNA MEMORABLE ENTREVISTA

185/186 23 julio 49

HACE dos años, precisamente el 16 de julio de 1947, nuestro viejo conocido don Alfonso Junco vió por primera vez de cerca "a quien tanto conocía de lejos". Lo vió en una "rumbosa corrida madrileña". Debió verlo, sin duda, desde el tendido, que es desde donde resulta menos peligroso ver a los toros y a los déspotas. Dos días después lo vió otra vez, y ésta ya lo tocó, al estrechar su mano, en una "suntuosa recepción" en el Palacio de la Granja. Y por fin, el día 23 de julio don Alfonso Junco fué recibido por el Generalísimo en el Palacio del Pardo, a cuya puerta el escritor mexicano fué saludado, al detenerse el automóvil, por los "apuestos guardias moros". Tal entrevista constituye un suceso famoso en la vida don Alfonso Junco, quien conmemora el segundo aniversario de tan notable acontecimiento escribiendo un artículo dedicado a recordarlo con embeleso. Cuanto en aquella ocasión hizo y dijo Franco, lo evoca ahora con encanto el visitante. Nada hubo en aquella entrevista que no fuera gratísimo y halagador para don Alfonso Junco. Parece ser, en efecto, que hubo de hacer éste una larga antesala, forzoso intermedio entre los "apuestos guardias moros" de la entrada y el mismo apuesto Generalísimo del interior; pero don Alfonso no se queja de la espera ni le echa la culpa de ésta al Caudillo, sino a los pelmazos que lo entretuvieron. "Franco, de por sí, —escribe el señor Junco— no hace esperar, mas las entrevistas suelen prolongarse más allá de lo previsto." Por lo visto el enorme poder de Franco, capaz de arreglarlo todo en España, no llega a poder arreglar la duración de sus entrevistas. Acaso ande en esto la mano de la masonería, la cual, subrepticiamente, haga que Franco cite a más visitas de las que puede recibir, o que éstas se prolonguen más de lo que calcularan la extraordinaria sagacidad de Franco. La masonería es, efectivamente, culpable de muchos daños en España y fuera de España. En esto coinciden plenamente don Alfonso Junco y su ilustre interlocutor de hace dos años. Indudablemente, la culpa de la espera de don Alfonso hay que atribuirla a la masonería o a alguna potencia misteriosa, pues de otro modo no se explica que el hombre de más poder de España pueda con todo menos con los pelmazos que lo visitan.

Como se verá, la teoría de don Alfonso Junco sobre la culpabilidad concerniente a la espera es un modelo de cortesanía y adulación. El Generalísimo cita a don Alfonso Junco a una hora y lo recibe, digamos, dos horas después. Entonces, don Alfonso Junco, dispuesto a encontrar bien todo lo del Generalísimo, ~~no dice~~ para sus adentros: "No es posible que de esto tenga la culpa un hombre tan grande como el Caudillo. Eso debe ser cosa de los otros visitantes, que son seguramente unos tíos pesados". Exactamente como si las citas las dieran los otros visitantes y no el propio Caudillo.

Naturalmente, si don Alfonso Junco, cuando lo hace esperar Franco, no culpa de eso a Franco sino a otras personas, nada de extraño tiene que atribuya luego a Franco virtudes de las que carece en absoluto. Por ejemplo, don Alfonso Junco cree que la de Franco es una "conducta inatacable de caballero y de cristiano", y "su desvelo por hacer el bien sin distingos políticos —afirma seguidamente don Alfonso Junco—, por curar las heridas pasadas, inculcar el perdón y rehacer la fraternidad de los españoles, le han captado el respeto aun de sus antiguos adversarios, que por millares y millares viven en España tranquilamente". Se olvida ciertamente don Alfonso Junco de los "antiguos adversarios, que por millares y millares no viven en España", porque los mató Franco. A estos españoles ya sin vida, asesinados por Franco, les corresponde, sin duda, en la reverente distribución de culpas que hace don Alfonso el papel de perturbador que en las entrevistas del Pardo atribuye a los pelmazos. Así como no es Franco, "de por sí", quien hace esperar, tampoco debió ser Franco, "de por sí", quien mató a miles y miles de adversarios que ya no viven, sino más bien éstos los que dejaron de vivir para hacer resaltar esos "dones que parecen antitéticos" y que adornan excepcionalmente a Franco, y entre los que figuran, en primer término, los siguientes: "arrojo y prudencia; energía y bondad". Sobre todo, bondad. Si hoy se pregunta a cualquier español qué es lo que distingue a Franco como guerrero y como estadista, seguramente contestará: "la bondad". Bondad y perdón generoso. Y también espíritu samaritano para "rehacer la fraternidad de los españoles". Ningún otro sentimiento contrario a esos tan nobilísimos movió a Franco, en verdad, a bombardear las ciudades españolas, ni a ametrallar a la pobre gente en las carreteras, ni a asesinar a personas excelentes por el solo delito de ser leales a la República, ni a realizar, aun muchos años después de su feroz victoria, la más cruel y sangrienta represión que registra la Historia. Bondad. Generosidad. Fraternidad. Sí, don Alfonso Junco. Sí. Todo eso. Y, además, una gran preocupación por la justicia social. "Los católicos —dijo Franco hace dos años a don Alfonso Junco— tenemos una doctrina social insuperable. Pero muchos se tranquilizan y satisfacen con tener la doctrina. Nosotros estamos esforzándonos en convertirla en hechos, en instituciones, en costumbres." Así es, en efecto, don Alfonso Junco. Cierto es que hay muchos pobres españoles que se mueren materialmente de hambre; pero, en cambio, los falangistas hermanos Muñoz han amasado, con la protección de Franco, una fortuna de varios centenares de millones. Eso es, de seguro, porque Franco ha convertido "en hechos, en instituciones, en costumbres" una "doctrina social insuperable". Acaso, lo insuperable sea la cifra de millones acumulados, haciendo de falangistas, por los hermanos Muñoz. Seguramente es así. Y si hay en España muchos millares de niños tuberculosos, también Carceller pasó fácilmente de ser ministro de Franco a ser millonario. Insuperable justicia social de buen católico, ciertamente. Y si la miseria lanza a la prostitución a millares de mujeres españolas, buenos negocios explotan, por otra parte, y con concesiones y privilegios otorgados por Franco, los generales facciosos que le ayudaron en su crimen y lo sostienen en el poder usurpado. Justicia social, sin duda alguna. Justicia social hecha espléndida realidad. Justicia social a secas, que algunos, quizás por error, llaman estraperlo.

"Hombre bueno" llama finalmente don Alfonso Junco a Franco. ¡Precioso calificativo! Ya supondrá, pues, el lector lo que, por no ser menos, llamamos nosotros mentalmente a don Alfonso Junco. El propio don Alfonso Junco se lo puede imaginar también muy fácilmente.

EL VALIJERO

+ se dice

A.P.C.E.
SIG.: 1.2g/1364.